



Spanish Fort, Alabama, 1 de mayo de 2026

¡Poder de lo Alto!

Saludos cordiales una vez más amigos, hermanos, compañeros de trabajo, familia espiritual, e hijos de Dios dispersos desde aquí en la Costa del Golfo en el sur de Alabama. Mi esposa y yo oramos y esperamos que estén bien y que su semana haya sido bendecida.

En poco más de tres semanas, usted y yo estaremos celebrando la Fiesta de Pentecostés. Parece que, cada año, los 50 días que contamos transcurren cada vez más rápido... tal vez sea solo impresión mía.

Cuando era niño, contar los 50 días a partir del sábado que cae a mitad de los Días de los Panes sin Levadura fue una de las primeras cosas que aprendí de mis padres mientras escudriñábamos las Escrituras.

En este próximo día de Pentecostés, hace ya casi 2.000 años, la Iglesia de Dios, que contaba entonces con apenas unos 120 seguidores, experimentó un cambio dramático e históricamente documentado en cuanto a su número de miembros, su influencia y su poder espiritual. ¡Tan solo en ese día de Pentecostés se bautizaron tres mil personas y, en poco tiempo, la Iglesia creció hasta superar los 5.000 miembros! Es una historia asombrosa que releo cada año como preparación para este próximo Día Santo.

Daré un sermón en la próxima Fiesta de Pentecostés titulado “El poder de lo alto”. Hablaremos con gran detalle sobre el impresionante poder de Dios manifestado a través de su Espíritu.

¿Cuál es una de las muchas y profundas lecciones que podemos extraer de esta Fiesta?

En aquel primer Pentecostés, Dios manifestó su aprobación y su compromiso hacia aquel pequeño grupo de seguidores de Cristo al derramar su poder sobre sus discípulos. En el sermón que pronunció ese día, Pedro citó al profeta Joel,

atribuyendo sus palabras a los acontecimientos de aquella jornada: *“Y sucederá en los últimos días’, dice Dios, ‘que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños. Y también sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días; y profetizarán”* (Hechos 2:17-18).

A la Iglesia de Dios se le concedió este poder para difundir las Buenas Nuevas más allá de Jerusalén, hasta todos los *“confines de la tierra”* (lo cual, en aquel entonces, pudo haber sido geográficamente un tanto diferente a como lo es hoy). El singular derramamiento del Espíritu Santo de Dios hizo esto posible. Inspiró a las personas y se abrió paso a través de los obstáculos que se interponían en el camino, y alrededor de ellos. La Iglesia comenzó siendo sumamente pequeña y, de este modo, creció hasta convertirse en una fuerza imparable. De hecho, Cristo todavía nos recuerda que *“las puertas del Hades no prevalecerán ni detendrán a Su Iglesia”*. ¡Tú y yo somos el resultado directo de aquel mensaje original! Todo ello fue posible gracias a ese *“Poder de lo Alto”*.

Cuando era niño, a menudo me quedaba contemplando los cielos —de hecho, todavía lo hago— y reflexionaba sobre el asombroso poder que creó todo cuanto veo y que continúa sustentándolo. Imaginen: sin Dios, ¿cómo evitaría la luna estrellarse contra la Tierra? ¿Cómo impediría la Tierra salir disparada hacia las lejanías del espacio, lanzándonos a todos en todas direcciones como la masa de galletas que sale despedida de las aspas de una batidora? Son tantas las interrogantes que encuentran una explicación sencilla y clara gracias, precisamente, a ese *“Poder de lo Alto”*

Algo que me llama poderosamente la atención en la época actual en la que vivimos es la cantidad de hipótesis que se plantean para explicar cómo surgieron esto o aquello. ¿Rara vez vemos que se le atribuya algún mérito a Dios como el Ser que obró tales cosas? Casi nunca. Muy pocos lo hacen hoy en día. Muchos simplemente no creen en Dios y, mucho menos, en Su poder.

Necesitamos recordar que cualquier crecimiento que se produjo fue posible únicamente gracias a la acción de ese poder del Espíritu Santo. El profeta Joel lo señala con total claridad. Había llegado el momento señalado por Dios para

cumplir un propósito especial: lograr que Su evangelio ejerciera su impacto en el mundo. Tanto el libro de los Hechos como las epístolas de Pablo nos ofrecen una visión reveladora sobre el crecimiento de la Iglesia durante el primer siglo.

Todos deberíamos sentirnos alentados por aquellos acontecimientos que tuvieron lugar en el Día de Pentecostés y por el establecimiento de la Iglesia de Dios del Nuevo Testamento. El ministerio terrenal de Cristo, por sí solo, atrajo a un número reducido de seguidores. Luego, con la venida del Espíritu Santo de Dios, comenzó el verdadero crecimiento.

Algunos, dentro de la Iglesia de Dios, todavía se preguntan hoy, ¿por qué no hay un crecimiento extraordinario? La respuesta es sencilla. Cuando las personas en general rechazan el Espíritu de Dios, y cuando los llamados desoyen ese llamado... vemos los frutos.

Hace años, en nuestros estudios bíblicos semanales de los domingos por la noche, abordamos “La historia y el trasfondo de los Evangelios”... y examinamos de cerca muchos de estos acontecimientos. ¡Fue, sin duda, inspirador! Me pregunto cuántos comprendieron realmente lo que el Espíritu de Dios es capaz de hacer, y lo que hizo.

El poder del Espíritu de Dios se menciona por primera vez en el segundo versículo de la Biblia: *“La tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”* (Génesis 1:2).

Es ese mismo Espíritu el que entró en la Iglesia en Pentecostés. Es ese mismo Espíritu el que viene a nosotros y habita en aquellos que llegan al arrepentimiento, tal como lo predicó el apóstol Pedro: *“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”* (Hechos 2:38-39). ¡Ese Espíritu nos otorga un poder que antes no poseíamos para vivir una vida transformada y agradable a Dios!

Si nos sorprendemos siendo increíblemente negativos, quejándonos o centrados en nosotros mismos, tal vez deberíamos preguntarnos: ¿está ese poder

verdaderamente viviendo EN nosotros? ¿O acaso lo estamos pasando por alto?

Las pruebas y los desafíos pueden, o bien humillarnos y hacernos caer de rodillas para buscar ese Espíritu, o bien llevarnos a rechazarlo y a centrarnos excesivamente en nosotros mismos, desde una perspectiva puramente humana.

Una vez más, sé que el “tamaño de la Iglesia” sigue presente en la mente de muchos de nosotros. A medida que mi esposa y yo viajábamos por Colombia y otros países latinoamericanos a lo largo de los años, al servicio de Dios, este tema surgía constantemente en nuestras conversaciones. Al viajar por los Estados Unidos, sucedía exactamente lo mismo. Aunque hoy podamos parecer muy pequeños, Dios sigue estando muy presente con Su Iglesia.

Debo preguntarme a nivel personal, ya sea aquí en la Costa del Golfo, en los Estados Unidos, en Colombia o en cualquier otro lugar del mundo, ¿cómo es que logramos seguir adelante? Es por el poder del Espíritu Santo de Dios que prevalecemos. El Cuerpo de Cristo vive gracias al poder de Su Espíritu.

Juan escribe lo siguiente en su mensaje a la Iglesia en Filadelfia: *“Esto dice el Santo, el Verdadero, ‘el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre’: ‘Conozco tus obras. Mira, he puesto ante ti una puerta abierta que nadie puede cerrar; pues tienes poca fuerza, has guardado Mi palabra y no has negado Mi nombre. Ciertamente haré que los de la sinagoga de Satanás, los que dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten, vengan y se postren ante tus pies, y reconozcan que Yo te he amado. Puesto que has guardado Mi mandato de perseverar, Yo también te guardaré de la hora de la prueba que vendrá sobre todo el mundo para probar a los que habitan en la tierra’”* (Apocalipsis 3:7-10).

En nuestras oraciones, recordemos a Dios cuán agradecidos estamos por haber compartido con nosotros ese Poder de su Espíritu Santo. Gálatas 2:20 lo deja sumamente claro: nunca debe tratarse de nosotros, sino de lo que Dios está obrando EN nosotros. Meditemos en ese poder, pensemos en lo que puede hacer, y hará, y procuremos apartar nuestro enfoque de este mundo que nos rodea y de toda su consternación.

El Día de Pentecostés es un día de gran aliento para todos nosotros, pues señala

el “Poder de lo Alto” actuando en toda la creación, en la Iglesia y en cada una de nuestras vidas, tanto individual como colectivamente.

Pidamos a Dios que avive ese don y encienda en nuestro interior un fuego espiritual ardiente de entusiasmo, fortaleza, audacia y paciencia, para que nos dediquemos a cumplir su voluntad aquí en la tierra.

¡Amigos, brazos arriba! Nuestras oraciones y pensamientos están con ustedes todos los días. Por favor, oren por nosotros.



T. S. Hoefker

(Pastor principal, *Ministerios de la Iglesia de Dios*)

E-mail: tshoefker@coministries.org / Sitio en Internet: www.coministries.org

Teléfono en oficinas: 251-930-1797 / P.O. Box 983, Daphne, AL 36526-0983